

EL CRISTIANO ANTE LA GLOBALIZACIÓN

Julio L. Martínez, SJ

Profesor de Teología Moral y Filosofía Política de la Universidad P. Comillas (Madrid)

La crisis económica y financiera hace más difícil el tema de hoy, pues se presenta con tal virulencia que pugna por velar cualquier otra dimensión y alarga su sombra sobre casi cualquier discurso. No podemos dejar que tal cosa ocurra; a mi juicio, sería un craso error. Por eso aquí vamos a hablar de crisis, pero no principalmente de la crisis primero negada y ahora arrolladoramente reconocida, sino de la crisis del cambio epocal que atraviesa a nuestro mundo y que se conoce como globalización, que también tiene que ver con la situación que nos aflige.

Ciertamente, estamos ante un gran cambio que suscita problemas de inteligibilidad, porque muchas veces no sabemos situarnos y no entendemos qué está pasando al carecer de las herramientas interpretativas idóneas; no lo entendemos e incluso desistimos del intento: La sociedad emergente viene sin manual de instrucciones. Y, por supuesto, la Iglesia no queda al margen de la crisis.

Desde luego, tampoco faltan signos positivos de inquietud en la búsqueda de sentido y de renovadas miradas y sensibilidades para percibir dónde pugnan por abrirse camino el respeto de la dignidad humana, la paz, la justicia, la ecología, el desarrollo sostenible ... Hay un gran desafío a la responsabilidad de vivir nuestra fe en justicia y solidaridad. Pero no me refiero a un reto intelectual, sino a todo un modo de vida que exige la conversión de las personas y las relaciones sociales en las que vivimos. Constituir al sujeto espiritual y moral que responda hoy no es nada fácil.

Gracias a Dios, es un poco más sencillo darse cuenta de que, como mínimo y de entrada, necesitamos comprender el momento que vivimos, sin dar por sentado que lo conocemos, porque a poco que nos detengamos a examinar la propia experiencia y la realidad que nos rodea, nos haremos cargo de lo ignorantes que somos respecto de nosotros mismos y de lo pobre de nuestra percepción del mundo y la sociedad.

Pues, bien, **los procesos de un mundo en cambio vertiginoso se nombran como *globalización* o *mundialización*** (palabra más del gusto francófono). Ambos vocablos (en castellano, generalmente se utilizan como sinónimos) han pasado a ser de uso común no sólo en los ambientes académicos sino en los medios de comunicación y en el vocabulario de cualquier persona bien informada. En cierto sentido, la globalización ha adquirido carácter de talismán con propiedades para explicarlo casi todo, probablemente más de lo debido.

Globalización es interdependencia: Vamos en camino hacia un mundo como un todo unificado donde dependemos unos de otros.

Y la globalización es pluridimensional, pues aunque ha tenido éxito especial en el terreno económico y financiero, sólo comenzamos a entender su dinámica cuando nos hacemos conscientes de estar ante un proceso plural, tanto en sus factores y dimensiones, como en los ritmos y rumbos diferentes que tiene en cada país y zona del único y solo mundo. Pero reconocer la pluridimensionalidad de la globalización no debe ser óbice para afirmar que la revolución en las comunicaciones es su presupuesto y condición posibilitante, y de ahí su carácter irreversible.

De hecho, las nuevas tecnologías de la comunicación y la información (TIC) constituyen el soporte sobre el cual se pueden desarrollar los procesos globalizadores. Y, dentro de las TIC, es obvio que *Internet* juega un papel estelar y representa, como pocas cosas, la ambivalencia de las transformaciones.

Pongo las cartas boca arriba con las siguientes 4 tesis:

1. El presupuesto de la globalización ha sido la revolución en las comunicaciones, que ha hecho posible la presencia “real” (desarrollo de las comunicaciones marítimas, terrestres y, sobre todo, aéreas) en todos los lugares del planeta en un breve periodo de tiempo, y sobre todo la presencia “virtual”, mediante la difusión inmediata por todo el planeta tanto de la voz como de la imagen. Los avances técnicos han convertido el planeta en lo que se ha llamado “la aldea global.”
2. La globalización de la vida como consecuencia del desarrollo espectacular de las comunicaciones ha generado otro tipo de globalizaciones. La primera de todas ellas es la globalización económica. La facilidad con que hoy puede efectuarse el tráfico tanto de capitales como de mercancías convierte al globo terráqueo, por primera vez en la historia, en un gran mercado. De hecho, el término globalización se ha generalizado a partir del fenómeno de apertura de los mercados, tanto financieros como comerciales. Pero esta dimensión de la globalización comporta graves dificultades:
 - a) Tiene carácter selectivo: no todo se liberaliza al mismo tiempo, sino en función de los intereses de los más fuertes (productos agrícolas y textiles y libre circulación de personas, con muchas dificultades).

Benedicto XVI (Mensaje Jornada Mundial de la Paz 2009): En el campo del *comercio internacional* y de las *transacciones financieras*, se han producido procesos que permiten integrar positivamente las economías, contribuyendo a la mejora de las condiciones generales; pero existen también procesos en sentido opuesto, que dividen y marginan a los pueblos, creando peligrosas premisas para conflictos y guerras. En los decenios sucesivos a la Segunda Guerra Mundial, el comercio internacional de bienes y servicios ha crecido con extraordinaria rapidez, con un dinamismo sin precedentes en la historia. Gran parte del comercio mundial se ha centrado en los países de antigua industrialización, a los que se han añadido de modo significativo muchos países emergentes, que han adquirido una cierta relevancia. Sin embargo, hay otros países de renta baja que siguen estando gravemente marginados respecto a los flujos comerciales. Su crecimiento se ha resentido por la rápida disminución de los precios de las materias primas registrada en las últimas décadas, que constituyen la casi totalidad de sus exportaciones. En estos países, la mayoría africanos, la dependencia de las exportaciones de las materias primas sigue siendo un fuerte factor de riesgo.

Ante un diagnóstico así, el Papa hace un llamamiento para que todos los países tengan las mismas posibilidades de acceso al mercado mundial, evitando exclusiones y marginaciones.

- b) Produce desigualdades, pobreza y marginación.
- c) Genera inestabilidad e inseguridad

Están aumentando los contactos entre la gente por encima de las fronteras nacionales en materia de economía, tecnología, cultura y estructura de gobierno. Pero además está fragmentando los procesos de producción, los mercados de trabajo, las entidades

políticas y las sociedades. De esta manera, si bien la mundialización tiene aspectos positivos, innovadores y dinámicos, tiene también aspectos negativos, perturbadores y marginantes [PNUD 1999].

d) El triple gran reto de un mundo globalizado en el terreno socioeconómico:

- * Hacer de la globalización una oportunidad para todos.
- * Convertir la interdependencia en solidaridad.
- * Volver a la economía real.

Sobre este crucial punto de la economía real, hemos de detenernos unos minutos:

BENEDICTO XVI (Ib.): Se puede hacer una reflexión sobre las finanzas, que atañe a uno de los aspectos principales del fenómeno de la globalización, gracias al desarrollo de la electrónica y a las políticas de liberalización de los flujos de dinero entre los diversos países. La función objetivamente más importante de las finanzas, el sostener a largo plazo la posibilidad de inversiones y, por tanto, el desarrollo, se manifiesta hoy muy frágil: se resiente de los efectos negativos de un sistema de intercambios financieros –en el plano nacional y global– basado en una lógica a muy corto plazo, que busca el incremento del valor de las actividades financieras y se concentra en la gestión técnica de las diversas formas de riesgo. La crisis actual demuestra también que la actividad financiera está guiada a veces por criterios meramente autorreferenciales, sin consideración del bien común a largo plazo... Unas finanzas restringidas al corto o cortísimo plazo llegan a ser peligrosas para todos, también para quienes logran beneficiarse de ellas durante las fases de euforia financiera.

El presidente de EE UU, Barak OBAMA lo expresaba la semana pasada en una entrevista en los siguientes términos:

Parte de lo que ha ocurrido es que en los últimos 15-20 años se ganó tanto dinero en las finanzas que alrededor del 40%, creo, de nuestro crecimiento global fue en el sector financiero. Ahora estamos descubriendo que gran parte de este crecimiento no era real. Era dinero de papel, beneficios de papel en libros contables que podía desaparecer fácilmente. Y lo que necesitamos es un crecimiento sostenido. En lugar del chico listo que termina la universidad y se convierte en un banquero especializado en inversiones, necesitamos jóvenes que decidan convertirse en ingenieros, que quieran ser científicos, que quieran convertirse en médicos o profesores. Y si premiamos el tipo de cosas que realmente contribuyen a mejorar la situación y las vidas de las personas, eso va a colocar a nuestra economía sobre un terreno sólido. No tendremos una economía burbuja que crece y estalla como la que hemos tenido en los últimos años.

En fin, desde muchas voces moralmente autorizadas se pide la vuelta a una economía real que produce productos y servicios reales que tienen valor para las personas reales. Durante demasiado tiempo nos hemos dedicado a una economía artificial (lo que Aristóteles llamó crematística) que en las coordenadas de nuestro momento y nuestras posibilidades se basaba en mover números y calcular riesgos desde un ordenador a otro. El sistema ha colapsado a nuestro alrededor y ha perjudicado a muchas personas, y a más que va a perjudicar.

3. Pero para que eso sea posible, a la globalización económica tendrá que seguir la globalización política. Esto supondrá la transformación de las estructuras políticas actuales, basadas en la idea de estado nacional. Lo cual es, por otra parte, conveniente que suceda, pues el peligro mayor de la globalización económica está en que no vaya acompañada de un cambio parejo de las estructuras políticas, lo que conduciría al dominio económico del mundo por parte de uno o varios estados nacionales organizados de acuerdo con las viejas estructuras políticas, surgidas en otro momento histórico y con otros objetivos. La globalización económica sin la globalización política puede convertirse en un indudable peligro para los seres humanos.

- a. La globalización supone una nueva relación mercado-Estado: el Estado pierde protagonismo porque se diluye lo que es su marco de actuación, las fronteras territoriales; al mercado se le reconoce su capacidad de garantizar la eficiencia económica, tras una etapa en que el Estado ha sido criticado por su ineficiencia.
- b. Amenaza para el Estado de bienestar y cuestionamiento de su viabilidad.
- c. Los procesos de integración supraestatal como formas de fortalecimiento ante la globalización.
- d. El doble reto de un mundo globalizado en el terreno político:
 - * Avanzar hacia una verdadera integración supraestatal frente a la mera liberalización de mercados.
 - * Construir un sistema de gobierno mundial, lo cual no significa enterrar el Estado, pero sí no hacer de él un “refugio de pecadores” a través del proteccionismo y del intervencionismo, como si fuera solución de lo que pasa. Si la globalización es irreversible con tales estrategias no estaríamos planteando bien las cosas.

BENEDICTO XVI (Ib.) De todo esto se desprende que la lucha contra la pobreza requiere una cooperación tanto en el plano económico como en el jurídico que permita a la comunidad internacional, y en particular a los países pobres, descubrir y poner en práctica soluciones coordinadas para afrontar dichos problemas, estableciendo un marco jurídico eficaz para la economía. Exige también incentivos para crear instituciones eficientes y participativas, así como ayudas para luchar contra la criminalidad y promover una cultura de la legalidad.

En su llamamiento a los líderes mundiales, Cáritas Internacional exige una reforma de la ONU, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, con el fin de asegurar mayor participación de los países pobres, en los procesos decisorios.

4. Este cambio en las estructuras políticas tiene que ir acompañado, necesariamente, de una profunda transformación en la percepción cultural y ética de nuestra sociedad, para la cual habrá de tenerse muy en cuenta la contribución de las religiones. La ética global no sólo necesita tener en cuenta las decisiones los intereses de todos los afectados por ellas, sino también los de las futuras generaciones y la defensa del medio ambiente. Es una nueva sensibilidad que ya ha comenzado a surgir y que tendrá que desarrollarse sin duda alguna cuanto antes mejor. Hoy ya no lo podemos demorar.

Interpretaciones contrapuestas

Evidentemente hay diferentes perspectivas para ver y situarse hoy ante el conjunto de procesos encuadrados bajo el rótulo de globalización. Bajo la dirección de D. Held se ha hecho un excelente trabajo de análisis de los muchos estudios sobre la globalización para llegar a una clasificación de las tres tendencias fundamentales: los hiperglobalistas, los escépticos y los transformacionistas.

Los hiperglobalistas consideran que las fuerzas promotoras de la globalización son el capitalismo y la tecnología, a través de las cuales ha llegado una era global sin precedentes. En esta nueva era el mundo camina hacia un capitalismo, un gobierno y una sociedad civil de carácter global, lo cual lleva aparejado que los gobiernos nacionales pierdan poder a medida que nos encaminamos al fin del Estado-nación. El resultado será una civilización global donde la estructura de la acción humana se tendrá que reordenar.

Los escépticos, en contraste, creen que lo novedoso es que unos bloques comerciales tan fuertes debilitan los gobiernos, pero en realidad hoy el mundo es incluso menos interdependiente que a finales del siglo XIX. Los gobiernos nacionales se ven fortalecidos y ellos son parte de los promotores más eficaces de la globalización. En vez de erosionarse las antiguas jerarquías de poder se acentúa la marginalización del Sur. En realidad, no hay verdadera globalización sino internacionalización y regionalización, que dependen de los Estados nacionales.

Hay una vía de escepticismo que ve en la globalización: agresión, pobreza en aumento y desigualdad disparada, con las secuelas de hambre y de enfermedad que ya no impactan; democracia en retroceso y derechos humanos en entredicho; y perversión de la conciencia humana, pues muchos piensan que las cosas son y tienen que ser así, es un fatalismo de las conciencias que esteriliza para la lucha y para la acción creativa, crítica y superadora. Tratar de que la globalización se convierta en solidaria, justa o humana es una vana pretensión, y una dañina mentira, aunque algunos lo busquen con verdad. Como Ignacio Ramonet dice: “No hay plan B frente a esta globalización”.

Los transformacionistas juzgan que la novedad estriba en los niveles excepcionales e inéditos de interconexión mundial (intensiva y extensiva). Las mismas formas de la modernidad han evolucionado dando lugar a la globalización y en este proceso el Estado-nación no tiene más remedio que reestructurarse. Así las formas políticas tienen que evolucionar hacia un nuevo orden mundial. La globalización sería, pues, lo que se produce al reordenarse las relaciones interregionales sobre la base de las nuevas posibilidades de comunicación e información. De esta suerte, el poder del Estado nación y la política mundial se están transformando.

La Doctrina Social de la Iglesia tiene esta perspectiva transformacionista, es decir, crítica: reconoce la ambivalencia y busca su valencia humana, solidaria y justa:

JUAN PABLO II: “Desde el punto de vista ético, puede tener una valoración positiva o negativa. En realidad, hay una globalización económica que trae consigo ciertas consecuencias positivas, como el fomento de la eficiencia y el incremento de la producción, y que, con el desarrollo de las relaciones entre los diversos países en lo económico, puede fortalecer el proceso de unidad de los pueblos y realizar mejor el servicio a la familia humana. Sin embargo, si la globalización se rige por las meras leyes del mercado aplicadas según las conveniencias de los poderosos, lleva a consecuencias negativas. Tales son, por ejemplo, la atribución de un valor absoluto a la economía, el desempleo, la disminución y el deterioro de ciertos servicios públicos, la destrucción del ambiente y de la naturaleza, el aumento de las diferencias entre ricos y pobres, y la competencia injusta que coloca a las naciones pobres en una situación de inferioridad cada vez más acentuada. **La Iglesia, aunque reconoce los valores positivos que la globalización comporta, mira con inquietud los aspectos negativos derivados de ella**” (*E. Ecclesia in América, 20*).

Ante la celebración de la cumbre del G-20 en Londres, el presidente de Cáritas Internacional, el cardenal hondureño Oscar Rodríguez Maradiaga ha dicho “podemos hacer frente a esta crisis remediando **el fracaso de la globalización de la avaricia y transformarla en una oportunidad para crear una globalización basada en la solidaridad, la justicia y la paz**. Los pobres, que son los menos responsables de la crisis económica, serán los que tendrán mayores problemas para sobrellevarla”.

Mi perspectiva personal participa de la lectura, aunque les confieso que con la que está cayendo no deja uno de estar en mayor escepticismo y perplejidad que antes.

En tal sentido, pienso que está fuera de razonable duda que la globalización es un hecho y no una simple ensoñación, y que, aun cuando ha habido otros grandes momentos de globalización como fueron el final del siglo XV y el final del XIX, el actual tiene componentes totalmente novedosos –sobre todo relativos a las nuevas TIC—que la hacen particularmente intensa y potente. Que sea irreversible forma parte de la opinión común, incluso entre los denominados movimientos anti-globalización, pocos hay que se opongan frontal y radicalmente a ella o que consideren viable un escenario mundial en el que se pueda prescindir de los vectores que señalan en la dirección del único mundo. Es un hecho que no cabe poner al margen de la ética. También la crisis que nos golpea es económico financiera, pero en su fondo es una crisis moral, y por ello creo que, cuando tratamos sobre el cristiano ante la globalización, se impone hacer el esfuerzo de la ética

Cardenal Maradiaga: “si se está registrando **una crisis económica mundial es porque la ética ha quedado marginada** a la hora de perseguir una mayor riqueza por parte de unos pocos poderosos”. “Cuando se han encontrado billones de dólares para rescatar al sistema bancario –denuncia el cardenal Maradiaga-- **no existe una justificación moral a los recortes** que han realizado algunos países ricos en sus presupuestos de ayuda al desarrollo”.

En la aceleración del tiempo de las evoluciones históricas en las que nos encontramos, aparecen para el Papa Ratzinger tres factores:

- *La formación de una sociedad mundial en la que los poderes políticos, económicos y culturales se ven **cada vez más remitidos recíprocamente** unos a otros y se tocan y se complementan mutuamente en sus respectivos ámbitos.*
- *El desarrollo **de posibilidades para hacer y destruir** que, más allá de lo que hasta ahora era habitual, plantean **la cuestión del control legal y ético del poder.***
- *El encuentro de culturas y religiones como matriz de un ethos universal: en el proceso de encuentro y compenetración de las **culturas se han quebrado y, por cierto, bastante profundamente, certezas éticas** que hasta ahora se consideraban básicas. Y así se convierte en una cuestión de gran urgencia la de cómo las culturas que se encuentran, pueden hallar fundamentos éticos que puedan conducir su convivencia por el camino correcto y permitan construir una forma de domar y ordenar ese poder, de la que puedan responsabilizarse en común.*

En realidad, el Papa Ratzinger plantea la aguda cuestión de cómo en una sociedad mundial con sus mecanismos de poder y sus fuerzas desatadas, así como con sus muy distintas visiones acerca de qué es el derecho y la moral, podrá encontrarse una evidencia ética efectiva que tenga la suficiente fuerza de motivación y la suficiente capacidad de imponerse, como para poder responder a los desafíos señalados y ayuden a esa sociedad mundial a hacerles frente. Estamos frente a la dialéctica de toda reflexión ética entre la universalidad y la particularidad, hoy agudizada a consecuencia de la globalización; una dialéctica que nos pone ante el diálogo intercultural e interreligioso.

Y es que de hecho la experiencia de los últimos decenios ha demostrado que el cambio social no consiste sólo en la transformación de las estructuras políticas y económicas, puesto que éstas tienen sus raíces en valores y actitudes socioculturales. Por eso la Doctrina Social de la Iglesia pone el énfasis en la dimensión cultural (antropológica) de los fenómenos sociales, en los valores que subyacen y sostienen los sistemas económicos y políticos de la emergente sociedad.

Quiero aventurarme a seleccionar varios focos de tensión donde se percibe el cambio sociocultural antes de plantear las vías de reflexión de parte de la **ética cristiana:**

Primero, la imagen territorial fija que ha guiado el ordenamiento social y económico, el saber cultural y la organización política, se ha derrumbado: no hay pertenencia única a una comunidad espacialmente delimitada, es decir, la proximidad geográfica ya no es la condición de la comunidad social.

Segundo, la globalización cultural transforma tanto el contexto mundial como los significados de las culturas nacionales. Y en lugar de un conjunto integrado de normas y de prácticas que configuran un modo de vida establecido, lo que encontramos es una fragmentación cultural y un colapso de las jerarquías heredadas, que forzosamente tienen que afectar a los individuos y las culturas.

Tercero, a lo largo de la historia, las culturas han sido generadas por gentes que compartían espacio y tiempo, en condiciones determinadas por las relaciones de producción, poder y experiencia, y luchando entre sí para imponer a la sociedad sus valores y objetivos. En el paradigma informacional, ha surgido una nueva cultura que sustituye los lugares por el espacio de los flujos y el tiempo por el tiempo atemporal: *la cultura de la virtualidad real* – según feliz frase de Manuel Castells.

“Virtualidad real” significa que la propia realidad está plenamente inmersa en un escenario de imágenes virtuales, en un mundo de representación, en el que los símbolos no son sólo metáforas, sino que constituyen la experiencia real. Es virtual por los canales a través de los cuales circulan los materiales. Es real porque configura la cultura (ideas, valores, conductas) de aquellos que acceden a ella: dentro de la estructura de esos sistemas simbólicos, atemporales y sin lugar, es donde construimos las categorías y evocamos las imágenes que determinan la conducta, inducen la política, nutren los sueños y alimentan las pesadillas, al tiempo que amplían las formas de experiencia humana.

Cuarto, a pesar de la enorme diversidad de información que transporta la red informática, el propio medio de transporte genera una uniformidad de conciencia, de marco conceptual y de categorías de conocimiento, que lleva a hablar de tendencias hacia la *monocultura*. Una de las expresiones ideológicas de esta monocultura es el “pensamiento único”, que incluye el discurso del “fin de las ideologías” y la aceptación del capitalismo neoliberal como “patrimonio común de la humanidad” y única alternativa viable.

Quinto, no hay término más del gusto del discurso posmoderno que el de “identidad”. Al deteriorarse las tradiciones el yo no queda inmune. La identidad personal tiene que ser creada y recreada más activamente que antes. Si no hay ningún eje que sostenga y dé estabilidad, el yo se encuentra fragmentado, descentrado, con una identidad definida por un proceso continuo de relaciones, y afectado por diversos factores: secuencias televisivas, múltiples mensajes, comunicaciones constantes y puntuales, gran variedad y fluidez de estímulos de todo tipo que alcanzan a las personas a través de la TIC.

Sexto, nuestro mundo tiene brechas. Asistimos impertérritos al ahondamiento de la desigualdad y la discriminación en la “aldea global”. Además de la enorme brecha entre países ricos y pobres, también se abren otras dentro de los países actores y beneficiarios de la globalización. Una de ellas es la que se está produciendo entre los “interactuantes” y los “interactuados”, por no mencionar la sima que se abre respecto a los que se quedan absolutamente al margen de las tecnologías.

Séptimo, ya no tenemos la coartada del desconocimiento, pero tenemos otra más temible: la del “conocimiento inútil”. Paradójicamente, mostrarlo y exhibirlo todo aumenta “la tolerancia de lo intolerable” y no la reacción responsable. Se puede afirmar que continuamente asistimos y participamos pasivamente en una “banalización del espanto”, pues “la exhibición del horror, lejos de conmocionar, favorece en especial una de nuestras pulsiones: el “voyeurismo”. Al

final, la **moralidad del sentimiento mediático**, de tipo fagonazo que no cambia la vida, es la que sale victoriosa.

Octavo, la sociedad actual es una sociedad pluralista y lo va a ser más en el futuro. El pluralismo ya no es sólo político y social, sino cultural, donde la religión es una matriz fundamental. La experiencia de la diversidad cultural no es algo que solamente nos llegue por vía virtual (por Internet, el cine o la televisión), sino experimentamos en vivo y directo cuando viajamos, y lo que es más desafiante forma parte cada vez más de la realidad cotidiana de nuestras calles y barrios.

En suma, nos topamos con dos tendencias principales, aparentemente contradictorias entre sí, pero cuando profundizamos un poco más las vemos muy relacionadas: homogeneización y aumento de la diversidad.

Sobre la **homogeneización de la cultura**:

- a) Se lleva a cabo bajo la presión de la cultura occidental, y especialmente norteamericana. Está casi exclusivamente determinada por los conceptos y valores de la civilización occidental, tanto los que se refieren al valor de la persona y sus consecuencias (derechos humanos, democracia política) como los que tienen carácter económico (primacía de los valores económicos y materiales y de los intereses individuales).
- b) Los medios de comunicación tienen aquí un papel fundamental, sin olvidar que están controlados por poderosos grupos financieros, que actúan al servicio de los propios intereses.
- c) El apoyo ideológico del neoliberalismo: del ser al deber ser
 - * La globalización se ha acelerado de forma tan espectacular gracias, no sólo a los avances tecnológicos, sino también al impulso ideológico que ha recibido del neoliberalismo (de la globalización como hecho a la globalización como ideal). El neoliberalismo no es sólo una propuesta económica sobre las ventajas del mercado para regular la economía y la necesidad de reducir las dimensiones y las funciones del Estado; conlleva además un sistema de valores, donde se privilegia la libertad individual y la competitividad.

Detengámonos en el **multiculturalismo** como expresión de la segunda.

De lo dicho hasta aquí se infiere que **conviene distinguir entre la constatación de un hecho y las propuestas diversas para abordarlo**.

El hecho social es la convivencia dentro de un espacio social de grupos de personas de culturas diferentes. El hecho sería constatar lo obvio: el aumento del pluralismo cultural. La constatación del hecho es, en sí misma, suficientemente significativa, porque probablemente supone que, nos guste o no, tenemos ante nosotros una cuestión social de primera magnitud, que se convierte en fuente de situaciones actual o potencialmente conflictivas.

Estamos ante una **forma más evolucionada del pluralismo típico de las sociedades modernas**:

- * Las distintas culturas conviven permanentemente, gracias al fenómeno de las migraciones, cada vez más permanentes y naturales en un mundo globalizado.
- * Esta convivencia permanente hace a las culturas más iguales entre ellas: se pone en peligro la existencia de una cultura dominante.

Además, este hecho se acentúa especialmente en las sociedades contemporáneas, afectadas por a) **migraciones a gran escala**; b) **reacciones defensivas de reivindicación de la particularidad frente a la globalización**: la globalización económica y cultural provoca el despertar de demandas de identidad fundadas en la lengua, el cuerpo y la memoria, que se

oponen a la cosificación y mercantilización de los sujetos y sus relaciones; c) **la crisis del Estado**, incapaz de cumplir su función mediadora como hizo en el pasado (la función que han desempeñado las instituciones propias del Estado en el proceso de socialización que forma la que hemos visto que M. Castells llama “identidad de legitimación”).

Es razonable pensar que el paso del tiempo no sólo va a confirmar la realidad del pluralismo cultural dentro de cada sociedad, sino que la va a reforzar. En ese caso, la vuelta al mundo de unas sociedades sin inmigración, a un mundo de referencias culturales fundamentalmente compartidas, no va a ser posible.

Pero tras constatar el hecho le toca el turno a las propuestas para afrontar el hecho

Una cosa es el aumento del pluralismo y otra, el modo de situarse ante el nuevo escenario. El hecho puede interpretarse, y así lo hacen muchos, como un **cambio perturbador**, como una deriva inaceptable que conviene subsanar en raíz. Sobre esta base no cabe sino promover una política de **control de daños**, con medidas destinadas a que, si no es por las buenas, por las malas, “todo siga como hasta ahora”.

Pero también el multiculturalismo puede abrirnos al reto de una integración inclusiva e intercultural, que supone:

- * Tres actitudes que se pueden englobar en lo que algunos llaman **tolerancia positiva** (distinta de la indiferencia): **respeto, comunicación recíproca, confianza mutua.**
- * Una tarea: la búsqueda de un consenso en torno a valores básicos para la convivencia.

Si miramos al **multiculturalismo en relación con la religión:**

a) Los peligros:

- * La privatización de la religión y la deriva hacia el consumismo religioso y las religiones “light” y a la carta.
- * El neoconservadurismo y su expresión más extrema, el fundamentalismo.

b) La aportación de las tres grandes religiones históricas: una antropología, derivada de su monoteísmo.

¿Por dónde veo yo que van las posibilidades de reacción para un cristiano en un mundo así?

Advierto que yo hago mi propuesta ético cristiana desde la tradición ignaciana a la que por la gracia de Dios pertenezco y como teólogo que trabaja en el campo de la moral.

1. Por una responsabilidad escalonada y modesta

La desmesura de los estímulos, que nos llegan por todas partes, nos conduce – conscientemente o no— a no ver; nos hace ciegos para juzgar, incapaces de responder y actuar. Lo que dijimos de las consecuencias del exceso de información que atrofian la reacción se puede aplicar a la responsabilidad. De ahí que me parezca muy acertada la propuesta de una pedagogía modesta y realista de la responsabilidad que reclama que “el sentido de la responsabilidad debe ser fortificado no a través de la exageración verbal, creadora de ilusiones, sino a través de un análisis sobrio y limitado. No es verdad que seamos responsables de todos y de todo”.

La modestia se corresponde con un sentido escalonado de la responsabilidad, en la cual se distingue una dimensión ético-individual y una dimensión ético-social, distintas aunque inseparablemente relacionadas entre sí.

Por un lado, la *responsabilidad individual* de las personas llama a compartir con aquellos que tienen considerablemente menos oportunidades de vida—de participar en la vida de la sociedad. Esto exige cambios en el propio estilo de vida, es decir, en el consumo de recursos no renovables porque —por justicia— hay que ponderar las necesidades de las generaciones futuras y de las actuales, sobre todo cuando no tienen las mínimas condiciones de llevar una vida digna. La opción preferencial por los pobres —no ideológica sino cristológica— se hace acaso hoy aun más necesaria y urgente que nunca.

Por otro lado, el complemento de una *responsabilidad política* que, de una parte, se extienda a la eficacia de organizaciones de ayuda y, de otra, esté orientada a la configuración de las condiciones-marco políticas y legales. Ni que decir tiene que estas tareas, en la época de la globalización, no pueden ya ser acometidas sólo a nivel nacional. Para caminar hacia la justicia global se necesita una política de orden internacional con regulaciones institucionales y órganos para cuyo poder político todavía se buscan formas de control democrático.

No entrar en dinámicas de solventar estos problemas significa dejar en la estacada a los pobres del Sur, pero también los pobres —nacionales o inmigrantes— que viven en los países ricos.

2. Por reforzar la sensibilidad y el experimentar concretos

Hablamos de cosas elementales, pero que hoy ya nadie puede dar por supuestas o conseguidas. Se trata de generar nuevas estrategias educativas, pastorales o espirituales que van a requerir enormes dosis de creatividad y esfuerzo. Porque el ser libre no surge del vacío o aparte de la historia: la vida de la libertad sólo se encuentra en las situaciones concretas donde podemos elegir y elegimos, el “deber” sólo se halla en los múltiples “deberes” de la vida cotidiana, y solamente aprendemos a hacer algo, haciéndolo, en línea con la mejor ética de las virtudes que arranca en la *Ética a Nicómaco* y llega a nuestros días.

La experiencia moral no está única ni primeramente en los grandes y controvertidos asuntos (guerra, aborto, manipulación genética) sino en los actos humanos (Santo Tomás) que van conformando día a día nuestro carácter. Del mismo modo que la experiencia espiritual tiene momentos cumbre pero pasa por lo más cotidiano y sencillo del vivir.

El amor al prójimo no se reduce a una actitud genérica y abstracta y en esto el Papa es muy insistente recalando que la caridad cristiana es, ante todo, la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación (DCE n. 31); “una entrañable atención personal” (DCE n. 28).

Por eso necesitamos “formación del corazón”. Son precisas *prácticas concretas de amor y servicio para responder solidariamente*: en un mundo donde la cultura de la virtualidad en las relaciones y en todo está tan viva, se hace cada día más urgente recuperar espacios de experiencia vital.

Y Por eso se acrecienta la urgencia de tener en cuenta que la conversión del corazón se va dando calladamente en el conocer sensible y, por experiencia directa, en situaciones concretas de vida y personas con sus nombres, rostros e historias, dejándonos afectar por la realidad viva: un conocimiento no puntual sino sostenido y sostenible. Sabemos que los mensajes — incluso los de los aspectos más espantosos—, cuando se reciben virtualmente, sin prolongación en la “realidad real”, no sólo se vuelven perfectamente digeribles sino que inmunizan frente a la realidad, incapacitándonos para comprender las cosas. Por eso necesitamos verificar en nuestra experiencia concreta las cosas de las que tenemos conocimiento virtual, para que la información no sea dañosamente inútil.

3. La crítica apoyada en el “conocimiento interno”

Necesitamos traspasar la superficie de lo que hacemos y vemos gracias y a través de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información, porque éstas no son, ni mucho menos, instrumentos puramente neutrales respecto a la vida humana. Al contrario, implican una ordenación definida del espacio y el tiempo, de las relaciones sociales, y conforman nuevas formas de pensar, vivir y ser. Tocan a la política y a la economía, pero también a la antropología.

Aunque hoy carezcamos de **prácticas sociales concretas** eficaces para manejarse libremente en el escenario cultural de nuestro tiempo, tiene que ser posible imaginar e implementar prácticas adecuadas para “ejercitarse”, “moverse”, ponerse a la acción para que en ella acontezca algo: el cambio y el mejoramiento de la persona. Así entiende también San Ignacio la técnica de los Ejercicios en los que la persona tiene que hacer cosas, poner los medios, para que, en definitiva, sea Dios el que hace en ella. Sugiero unas pistas para actuar:

- a) En el cultivo de espacios para pensar sobre el flujo imparable de la cultura de la virtualidad real; controlar y no ser controlados por los instrumentos, para lo cual es imprescindible cultivar prácticamente la libertad de valorar y elegir activamente lo que queremos hacer con las nuevas tecnologías, los medios de comunicación y sus posibilidades incalculables. Y esto es imprescindible no sólo porque en la red hay muchos contenidos que pueden ir contra el proceso formativo de las personas y casi al alcance de cualquier usuario, sino porque la continua no digestión ni asimilación de los materiales recogidos o recibidos, junto a la naturaleza inacabable y virtualmente instantánea de este proceso, provoca dispersión, extraversión de la conciencia y un concepto de experiencia como adquisición, que troquela “internamente” por dentro al usuario.
- b) En la educación del espíritu crítico que, desde la experiencia directa y sensible, no deje de tomar distancia de las cosas en las que nos movemos para “ver, juzgar y actuar”. Esta capacidad de sospecha también ayudará a desenmascarar las trampas de la ideología del “pensamiento único” y de la monocultura al amparo de la globalización.

Tengo la firme convicción de que no basta con criticar los mecanismos perversos de nuestro mundo (aunque para ello tengamos mucha ciencia y más razón) y querer combatirlos, mientras no podamos aclarar cómo cada uno de nosotros como individuos estamos inmersos en las estructuras generales, esto es, cómo nos aprovechamos de ello y cómo cooperamos y transmitimos las normas consideradas por nosotros cómo obviamente rechazadas (por ejemplo, las del consumo, las de la producción, las del autointerés del “primer mundo”...).

Una crítica social que no incluya estos mecanismos de interiorización, que no se pregunte con qué ojos vemos lo que vemos para juzgar y actuar, que no discierna mociones y motivaciones, que no mire hacia adentro de un modo no ensimismado sino en alteridad, no creo que sea una buena interpretación política del Evangelio ni de la espiritualidad cristiana. Y tampoco creo que sea buen camino para “salir del propio amor, querer e interés” (S. Ignacio).

“A la antropología ignaciana de la interioridad del “conocimiento interno”, del “sentir y gustar de las cosas internamente” (EE 2), le es completamente ajena una espiritualidad introspectiva o sentimental. Es una espiritualidad realista, que se confronta con la realidad, no la inventa. La interioridad que concibe Ignacio – quizá porque en algún momento de su vida manresana tuvo estas tentaciones— no es una

interioridad de ver-se, sino una interioridad alterada, habitada y constituida por una relación con Alguien” (J. A. Guerrero).

4. Hay una reforzada necesidad de espacios para compartir vida, de participar en grupos en los que el contacto humano ayuda a comprender e interiorizar las relaciones reales de reciprocidad, de amistad, de solidaridad, de autoridad, de proyectar juntos, de argumentar, de orar...; comunidades abiertas que apoyen y nutran a las personas para que no entren en las dinámicas que desvalorizan y excluyen. Desde luego, no necesitamos comunidades emocionales que se cierran sobre sí mismas, o aquellas que degeneren en la búsqueda patológica de seguridad, orden, sentido, espíritu de cuerpo, propios del fundamentalismo que anula la personalidad de cada uno y edifica un conjunto alternativo de valores y principios de existencia.

BENEDICTO XVI: La comunidad cristiana no dejará de asegurar a toda la familia humana su apoyo a las iniciativas de una solidaridad creativa, no sólo para distribuir lo superfluo, sino cambiando sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad.

Los cristianos podemos darle al mundo una buena noticia de que es posible conjugar diferencias y comunión. La buena noticia que da **la ética de Pentecostés frente a la incomunicación de Babel**.

- Las imágenes bíblicas aquí tienen más fuerza que toda la explicación que podamos dar: Pentecostés (Hch 2,1-13) y Babel (Gn 11,1-9).
- En Pentecostés y Babel se reconoce de un modo positivo que el plan de Dios no consiste en la uniformidad cultural o en que todos los pueblos hablen una sola lengua. Pero en Pentecostés, a diferencia de Babel, la pluralidad magnífica y amplia no es motivo de confusión, de amenaza, de recelo y confusión:

“Pentecostés es el icono de una multiculturalidad vivida en armonía, reconciliada con el plan de Dios, en la que es posible el entendimiento precisamente porque Dios, a través de la Iglesia y mediante el don de su espíritu, se dirige a cada pueblo en su propia lengua. En Pentecostés se da la combinación de la ausencia de imposición cultural junto con la recepción de un mismo y único mensaje fundamental para la vida” (G. Uríbarri).

Ética del encuentro de Pentecostés frente a la incomunicación de Babel: Cuando las diferencias se encuentran integrándose, dan vida a una convivencia en la diversidad. Se redescubren los valores comunes a toda cultura, capaces de unir y no de dividir; valores que hunden sus raíces en un mismo humus de la dignidad humana. Esto ayuda al establecimiento de un diálogo provechoso para construir un camino de tolerancia recíproca, realista y respetuosa de las peculiaridades de cada quien.

Cuando uno descubre que algo es un signo de los tiempos, es que encuentra, a la luz del Evangelio, una llamada de Dios en la concreta experiencia humana. En ese momento tiene una grave responsabilidad de no dejar pasar la oportunidad, porque ahí se está dando un tiempo de gracia, una oferta preciosa de salvación, que convoca a lo mejor de uno mismo y de nuestras instituciones a la tarea de responder.

5. Estamos ante un proceso que suscita muchas y muy inquietantes preguntas, las cuales obligan a analizar las dinámicas culturales en las que estamos inmersos y a replantear las prácticas pastorales, educativas, espirituales, éticas... Quien se cierre a ver los interrogantes y prefiera la seguridad artificial que dan las recetas se priva a sí mismo de la capacidad de

abrirse a la experiencia y de apreciar los desafíos, así como de responder a ellos evangélicamente. Pero también se incapacita, por más que recurra a los más sagrados argumentos de autoridad y a las verdades más seguras y objetivas, para guiar y educar a otros.

Si desde los criterios de una escuela del corazón, como la cristiana, nos preguntamos como formar personas para la encarnación evangélica en nuestro mundo, brotan varias respuestas que, aunque enfatizan aspectos distintos, son confluyentes. Descubrimos actitudes como abrir los ojos y los oídos a la vida real, también a lo que no es agradable y nadie se atreve a ver (*sensibilidad, modestia y concreción*); tener el coraje de entrar dentro de sí (*conocimiento interno y soledad*); hacerse preguntas, abrirse al asombro, soñar posibilidades y calibrar su consistencia (*crítica lúcida y esperanzada*); atreverse a elegir en lo cotidiano y en lo crucial, porque vivir es elegir (*discernimiento y decisión*); aceptar el reto de vivir comunitariamente (*comunidades abiertas y solidarias*); y no tener miedo de buscar una perspectiva unificadora del corazón (*sentido de unidad y de camino*).

Son actitudes posibles en nuestro tiempo, pero reclaman serios esfuerzos para imaginar y diseñar nuevas prácticas sociales que favorezcan eficazmente su cultivo. Deseo fervientemente que no sea fruto de puro voluntarismo afirmar que tiene que ser posible construir un sujeto moral y espiritual para habitar en la interdependencia de la globalización – aún en sus comienzos, y no inexorable pero sí irreversible. Habrá cosas conquistadas que resultarán ya irrenunciables, pero ello no exonera del trabajo de ampliar y ahondar la reflexión en torno a la relación entre espiritualidad, ética, y educación.

6. Los fenómenos culturales son evangélicamente ambiguos

Frente a visiones catastrofistas u oportunistas, participo de una visión espiritual y moral abierta a la experiencia humana con todas sus mediaciones e iluminada por la luz del Evangelio. Como la globalización afecta a la interioridad de las personas, frente al mundo virtual, necesitamos que la realidad concreta nos toque el “corazón”, mediante una doble estrategia no alternativa sino, a la fuerza, complementaria, donde queda totalmente concernida la educación de las personas: conversión del corazón de cada uno y conversión cultural de la sociedad mundial (“estructuras de pecado”).

Qohelet advierte que un sabio no pregunta “por qué los tiempos pasados eran mejores que los presentes” (Ecl 7,10). San Agustín desenmascaraba a “aquellos que protestaban de los tiempos que les tocaba vivir y decían que fueron mejores los de sus antepasados, pero esos mismos, si se les pudiera situar en los tiempos que añoran, también entonces protestarían. En realidad, juzgas que esos tiempos pasados son buenos, porque no son los tuyos”.

En un mundo tan “inquietante”, los cristianos miramos la realidad con esperanza, porque Dios está de algún modo real y misterioso implicado en ella, y nada de lo nuestro ha querido que le sea ajeno.

Ahora bien, la esperanza cristiana –a la vez, encarnada y escatológica— es compatible con la afirmación de que **“todos los fenómenos culturales son evangélicamente ambiguos”**; **“Ningún sistema es un fin en sí mismo y es necesario insistir en que la globalización, como cualquier otro sistema, debe estar al servicio de la persona humana, de la solidaridad y del bien común”**.

Plantearse preguntas sobre la posibilidad de que las personas puedan ser formadas para vivir humanamente en la nueva sociedad, equivale de algún modo no retórico a preguntarse si el ser humano tiene futuro sobre la faz de la tierra o si el Evangelio es buena noticia para este nuestro mundo.

Podríamos decir que la comprensión cristiana del ser humano como criatura a imagen y semejanza de Dios y redimido por la cruz de Cristo, aporta dos notas especialmente densas y propias: la primera es la finitud, el cristianismo tiene la imagen del hombre finito, también falible, frágil, vulnerable...; la segunda, la aceptación incondicional de ese hombre de parte de Dios: Él ama al ser humano sin reservas, más allá de las situaciones particulares, sin poner condiciones ni tasa al amor. Esto se expresa con especial claridad en la cruz de la que viene la redención. La doctrina de la justificación dice que el hombre puede ponerse condiciones a sí mismo, puede rehusar a abrirse al amor, porque es libre, pero Dios no renuncia a salirle constantemente al encuentro: a eso lo llamamos aceptación incondicional.

7. “Una ética consistente de la vida”

Al poner la persona en el centro, estos son los retos de “una ética consistente (coherente) de la vida” que se funda en la teología cristiana de la dignidad y hace a la Iglesia comunidad discente-docente de humanismo: la defensa del carácter sagrado y valor fundamental (que no es lo mismo que absoluto) de la vida humana en toda circunstancia donde se atente contra la dignidad humana, y no sólo en el comienzo y al final de ella.

La defensa y promoción de la vida implica igualmente rechazar toda forma de violencia: la violencia de la pobreza y el hambre; la violencia de las grandes enfermedades y de la falta de acceso de los menos pudientes a las curas y los medicamentos básicos; la violencia de los conflictos armados, que no resuelve sino que agrava las divisiones y tensiones; la violencia de armas particularmente horribles, como las minas antipersona; la violencia del tráfico de droga; la violencia del racismo; la violencia de la falta de respeto a la identidad cultural y religiosa; y la violencia de los irresponsables daños al ambiente natural. No está sólo en juego una ecología física atenta a tutelar el *habitat* de los diferentes seres vivos, sino también una ecología humana, que haga más digna la existencia de las criaturas, protegiendo el bien radical de la vida en todas sus manifestaciones y preparando a las generaciones futuras un ambiente que se acerque más al proyecto del Creador.

La respuesta tendrá que estar en línea con la responsabilidad cristiana, capaz de responder críticamente y autocríticamente cuando es necesario, al otro y sobre todo al otro en necesidad. El resultado tendrá que ser una nueva solidaridad en la lucha por alcanzar un tiempo verdadero de justicia y una experiencia más comunitaria y teológica del presente en un mundo policéntrico, en una Iglesia dirigida por voces plurales.

MUCHAS GRACIAS POR SU INTERÉS Y ATENCIÓN.

SELECCIÓN DE BIBLIOGRAFÍA

- BENEDICTO XVI, *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2009: “Combatir la pobreza, construir la paz”*.
- Z. BAUMAN, *La globalización. Consecuencias humanas*, México 1999.
- U. BECK, *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización* Barcelona 1998.
- M. CASTELLS, *La era de la información. III. Fin de milenio*, Madrid 2001, Conclusión: “Entender nuestro mundo”, pp. 405-430.
- J. CONILL, “Globalización y ética”, *Razón y Fe* 1228 (2001) 155-166.

- A. GIDDENS, *Un mundo desbocado: los efectos de la globalización en nuestras vidas*, Madrid 2000.
- D. HELD et al., *Transformaciones Globales: Política, economía y cultura*, Oxford 2002, XIX-XLII.
- J. M. MARDONES, “Geopolítica y religión: el protagonismo de las religiones en la época de la globalización”, en: *Neoliberalismo y religión*, Estella 1998.
- J. L. MARTÍNEZ, *Ciudadanía, migraciones y religión*, Madrid 2007, cap. 1, 2, 3 y 4, pp. 55-184.
- J. MÜLLER, “La Iglesia mundial como comunidad discente: ¿Un modelo de globalización humanizada?”, *Selecciones de Teología* (2000) 3-10.